MUSEO HISTORICO CULTURAL
Juan Santamaría

CENTENARIO DEL MONUMENTO NACIONAL



Exposición de Fotografías

A cien años del Monumento Nacional

Patricia Fumero Vargas

La espesura de los árboles que rodean el Monumento Nacional no permite que muchos de los costarricenses aprecien su valor plástico y cívico. Este complejo escultórico cumple varias funciones en el imaginario colectivo nacional.

El centenario de la develización del Monumento Nacional pone en la agenda temas que, en momentos como los actuales, son de fundamental importancia: el nacionalismo, la identidad nacional y el civismo. La lucha por la soberanía nacional, la defensa de la independencia, tanto política como económica, son algunos de los temas analizados en la escultura.

El Monumento Nacional, en honor a la «gesta heroica» de 1856-1857, nos advierte que sin solidaridad, sin compromiso social y político no se puede defender eficazmente los principios de independencia y soberanía.

La función política de las efemérides patrias es de todos conocida. Son las que le dan cohesión a la nación, conceptuada como una «comunidad imaginada», y las que promueven el nacionalismo y la identidad nacional. En momento en los cuales los Estados –tal cual lo hemos conocido– están por desaparecer y abrir paso a la globalización, se hace necesario promover el estudio de las identidades nacionales y de las representaciones que la simbolizan.

En 1895, la develización del Monumento Nacional culminó un proceso, iniciado en la década de 1880, de rescate de la Campaña Nacional como eje del proyecto liberal de construcción de la nación costarricense. La presente exposición muestra la participación de los distintos sectores que componían la sociedad de la época, en las fiestas nacionales del 13 al 15 de setiembre de 1895.

Hoy, a cien años de la develización, el Monumento Nacional sigue allí para recordarnos una serie de proyectos impulsados por los liberales de antaño y olvidados por los neoliberales de ahora: primero, que San José es una ciudad para ser vivida, cuyo patrimonio arquitectónico y escultórico merece ser defendido y preservado; segundo, que la educación y la cultura, y no el espejismo de los indicadores macroeconómicos, son las bases de la democracia costarricense; y que Costa Rica, más que una plataforma de exportación y consumo es una nación orientada a la búsqueda de la paz y de la justicia social.



Rafael Iglesias Castro fue electo Presidente de la República en 1894, en el marco de unas elecciones fraudulentas, las cuales se verificaron bajo una fuerte presión del Poder Ejecutivo. El fraude cometido le restó apoyo y credibilidad a su Gobierno.

Pese a lo anterior, Iglesias inició la construcción del Ferrocarril al Pacífico para completar la vía interoceánica iniciada bajo el gobierno del General Tomás Guardia (1870-1882). A la vez, incrementó y mejoró el Ejército Nacional, en previsión de un posible conflicto armado por litigios fronterizos. Estas controversias surgieron por la interpretación del tratado de límites con Nicaragua y, generaron una situación bastante tensa con nuestra nación vecina, motivo por el cual se debió solicitar la intervención del gobierno salvadoreño.

Es en este contexto que el Presidente Iglesias, en procura de legitimar su poder a nivel interno y afirmar su imagen internacional, efectúa un despliegue de poder y prosperidad ante las naciones vecinas y el pueblo costarricense en general. La develización del Monumento Nacional, símbolo de la lucha centroamericana contra el invasor extranjero sirvió, el 15 de setiembre de 1895, como el motivo perfecto para unir esfuerzos y mostrar a los costarricenses y delegados de las repúblicas centroamericanas el potencial militar del gobierno y la riqueza de la Costa Rica liberal.



Al develizar el Monumento Nacional en 1895, Rafael Iglesias emuló a su suegro, José Joaquín Rodríguez, quien en su condición de Presidente de la República, inauguró la estatua de Juan Santamaría el 15 de setiembre de 1891. Este acto se realizó después de ña tensa campaña electoral de 1889, que culminó con el levantamiento del 7 de noviembre de ese año y supuso desgarres importantes en la clase política de la época.

La develización de la estatua de Juan Santamaría fue un punto culminante en el proceso de recuperar la Campaña Nacional como eje de la nacionalidad costarricense, entendida como una nueva forma de identidad colectiva y secular.

En las fiestas de 1891, se desplegó el Pabellón Nacional y los veteranos de la Campaña desfilaron frente a la estatua de Santamaría. Posteriormente, el Presidente de la República ofreció una recepción en el Palacio Municipal. La develización de la estatua del soldado alajuelense en 1891 y la del Monumento Nacional en 1895 fueron parte del proyecto liberal de difundir un discurso nacional que tuviera una amplia acogida popular. El fin de este proceso era convertir a campesinos, artesanos, jornaleros y otros trabajadores costarricenses.



El primer Presidente en celebrar la Campaña Nacional fue Juan Rafael Mora. Sin embargo, el elevado costo económico y humano que supuso la guerra limitó las posibilidades de utilizarla como base para articular proyectos políticos y culturales más amplios. En efecto, la Campaña de 1856-1857 fue una experiencia traumática para el conjunto de la población.

Por otra parte, con la caída de Mora en 1859 y su posterior fusilamiento en 1860 (junto con el General Cañas), la Campaña fue cubierta por un discreto silencio oficial.

La recuperación simbólica de la guerra de 1856-1857 tuvo que esperar casi veintitrés años, cuando la intelectualidad liberal, en el marco de las Reformas Liberales de la década de 1880, rescató la Campaña Nacional como base de la nacionalidad costarricense.







Los gobiernos centroamericanos enviaron como delegados plenipotenciarios ante el gobierno costarricense a un selecto grupo de militares e intelectuales.

La delegación de Guatemala fue presidida por el Dr. Rafael Espínola quien viajó con su señora esposa y el cadete Manuel María Méndez. La de Honduras, compuesta por

cuatro personas, fue considerada la delegación más lujosa. La integraban el general Terencio Sierra, uno de los primeros militares de Centroamérica, el destacado literato Froilán Turcios, y dos agregados militares más. La delegación nicaragüense estuvo representada por el doctor Joaquín Sason y su secretario, Silviano Matamoros, y la del El Salvador por el doctor Rafael López, quien fue catalogado por la prensa nacional como un orador elocuente, fácil y galante.



El despliegue militar fue importante en el marco de las relaciones políticas del gobierno de Iglesias. De esta manera, durante las fiestas nacionales del 13 al 15 de setiembre de 1895, se efectuaron varias paradas militares y demostraciones de la capacidad y organización del Ejército Nacional.

Las divisiones que componían el Ejército Nacional empezaron a practicar las maniobras que efectuarían en el Llano de Mata Redonda con algunas semanas de antelación. Varios periódicos celebraron estos despliegues de fuerza, pero otros las criticaron, ya que, a pesar de que las maniobras fueron exitosas, consideraban que las mismas no iban a mostrar el poderío militar del ejército costarricense, a la vez con ellas no se iba a engañar a los demás gobiernos centroamericanos, menos aún a la delegación nicaragüense.

La Compañía de Preferencia fue muy criticada por la prensa. Como su nombre lo indica, fue conformada para las celebraciones de las fiestas nacionales por miembros de lo más selecto de la sociedad costarricense. Por este motivo, fue una de las compañías más disciplinadas y la que más participó en los eventos sociales.



A su paso, en los diferentes desfiles y paradas militares, fue ovacionada y cubierta de pétalos, en particular desde los balcones de los clubes Alemán e Internacional, espacios de sociabilidad de la élite.



Por la misma composición de la compañía, sus miembros, eran dados de alta cada vez que la «selecta sociedad» ofrecía un baile u otra actividad en la cual se consideraba indispensable la participación de los jóvenes que la conformaban. Fue una de las compañías más visibles y criticada de las fiestas nacionales.

En el marco de las fiestas y en procura de apoyo popular, el Presidente Iglesias convocó a los jefes, oficiales y en especial a los soldados, mediante un decreto que emitió la Cartera

de Guerra el 9 de agosto de 1895. El decreto excitaba a «...los individuos de tropa que vivan aún, de los que tomaron parte en la Campaña Nacional, para que de hoy al último del corriente se presenten ante los respectivos comandantes cantonales a manifestar sus nombres y la disposición en que se hallen de concurrir a las festividades que se preparan para la inauguración del Monumento Nacional...»

Los individuos de tropa fueron condecorados con medallas de plata con la siguiente inscripción al anverso: «A los veteranos de las Campañas de 1856 y 1857. La patria reconocida». Los que no pudieron asistir, fueron condecorados por los Comandantes de Plaza de las capitales de provincia y de comarca y por los Jefes Políticos en sus respectivos cantones en presencia de las tropas milicianas.

Las escuelas y colegios participaron activamente en el desfile del 15 de setiembre. El Presidente Iglesias expuso a los delegados los dos poderes que daban sustento a la estructura político-social costarricense: el ejército y el sistema educativo. La expansión del sistema educativo permitió difundir la visión del mundo de los liberales. A fines del siglo XIX, la tasa de alfabetización en el Valle Central oscilaba entre un 60% y un 70%. Con la intención de mostrar el adelanto educativo y cultural del país, el gobierno llevó a los delegados extranjeros a visitar varios de los centros de enseñanza más importantes de San José.



El 15 de setiembre, a solicitud del gobierno, señoritas y niñas de colegios y escuelas desfilaron, simbólicamente, vestidas de blanco. Las bandas de estudiantes varones realzaron el acto con sus ejecuciones y, en algunas paradas militares, encabezaron las compañías participantes. A las escuelas de varones josefinas, se les encargó entonar los himnos nacionales de Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador.



En esta ocasión, fueron acompañados por el Cuerpo de Música Militar de San José. También se les encomendó que colocaran las coronas al pie del Monumento Nacional.



A las maniobras militares efectuadas en La Sabana (también llamado Llano de Mata Redonda), se hicieron presentes la comitiva oficial, los miembros del Gobierno, los principales poderes de la República costarricense y los Delegados Extranjeros.

Igualmente, todos los sectores sociales acompañaron al Ejército Nacional en sus despliegues de fuerza y precisión.



La sociedad josefina se despertaba temprano al son de la diana, tocada por las bandas militares de las provincias de San José, Alajuela, Cartago y Heredia. Todos alistaban sus mejores galas para ver pasar el desfile oficial y acompañarlo después hasta La Sabana. Este ritual se repitió en los tres días de fiestas nacionales. En la tarde, todos regresaban a sus respectivos hogares. En la noche, participaban en las diferentes diversiones públicas que el gobierno había organizado: las plazas públicas para los sectores populares, y para la élite los espacios privados más privilegiados.

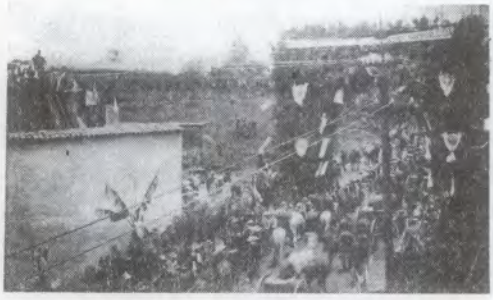
El programa de actividades de las maniobras militares incluía un simulacro de la batalla contra los filibusteros, el cual se verificó el viernes 13 de setiembre. La representación duró aproximadamente una hora y se quemaron 70.000 mil cartuchos. Terminado el acto, se prosiguió con el tiro al blanco a cuatro y medio kilómetros, con cañones de montaña. Las dianas militares «en cornadas y banda», señalaron las veces que se acertó en el blanco.



En la develización del Monumento Nacional participaron alrededor de 30.000 personas. El gobierno de la República transportó gratuitamente en ferrocarril a los veteranos de guerra que se empadronaron y podían trasladarse a San José. De la misma forma, la compañía ferroviaria estableció tarifas reducidas con el objetivo de poder movilizar la mayor cantidad posible de personas.

En las fotografías alusivas al evento, generalmente resaltan las diferencias sociales de los asistentes, visibles en su indumentaria y, el despliegue sistemático del Pabellón Nacional.

Al iniciarse el período liberal, el uso de signos y símbolos patrios se convirtió en un elemento importante para educar a los diferentes sectores sociales e identificarlos con la nación costarricense, en tanto «comunidad imaginada».



En la Calle de la Estación no solo se izó el Pabellón Nacional, sino que también se enarbolaron las diferentes banderas de las «hermanas» repúblicas centroamericanas.

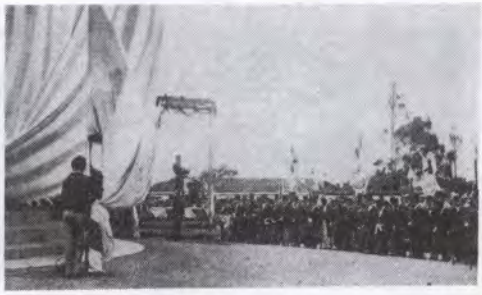
El espacio fue cuidadosamente jerarquizado durante las fiestas nacionales. El protocolo para las distintas actividades fue muy riguroso, al extremo que se estipuló mediante decretos quienes ocuparían tales y cuales espacios.

Parte importante de la celebración fue un llamado a la unidad centroamericana, en cuyo marco, sin embargo, se exaltó e individualizó el patriotismo costarricense. El general Juan Bautista Quirós fue uno de los que resaltó el papel de la Campaña Nacional como una Guerra de Independencia sustituta:

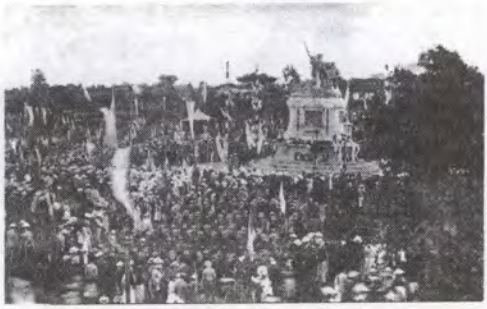
«...Señores, si en 1821 hicimos conquista pacífica de nuestra independencia, más tarde en 1856 y 1857, sellamos con sangre generosa, con actos de heroísmo sublime y con esfuerzos denodados, propios de la leyenda, la obra incruenta, pero trascendental, de nuestros padres, demostrando de esta suerte, al cabo de treinta y cinco años que éramos dignos de la independencia para nosotros conquistada por nuestros gloriosos antecesores, y que sabíamos apreciar y defender el rico legado de libertad que nos viene transmitiendo de generación en generación, como un depósito sagrado e invulnerable... La campaña contra el filibusterismo cosmopolita vino a ser de este modo para Centro América, el complemento de su independencia, su consagración de pueblo libre...»

Como parte de los actos oficiales, el delegado de Guatemala, doctor Rafael Espínola, pronunció un discurso durante la develización del Monumento Nacional, en el cual le confirió a la Campaña Nacional un carácter más costarricense que centroamericano:

«...Ya veis, pues señores, porque os decía ante que la altura histórica de ese monumento es de las más elevadas que se conocen, él tiene, en verdad, toda la altitud del martirio y toda la grandeza del sacrificio; es como el altar de la patria consagrado por la admiración de sus hijos; es el juicio de la posteridad haciendo ya justicia a aquellos héroes, por entre esas figuras de bronce subirán día a día al espacio como en espirales invisibles, las plegarias de multitud de generaciones; éste en que estamos será el recinto augusto en donde resuenen muchas veces los nombres de esos mártires que se llaman Juan Rafael Mora, Juan Santamaría, José María Quirós, Mariano Salazar y tantos otros más que derramaron su sangre en aras de la libertad de nuestro suelo, sobre las paredes de ese pedestal amontonarán los años millares de coronas; y este monumento será eternamente el símbolo de la gloria de Costa Rica, más que de la gloria de Centroamérica...»



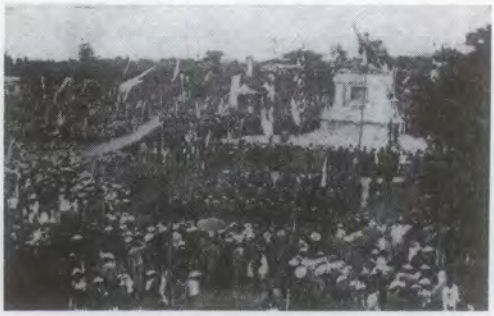




La ceremonia de Condecoración siguió un orden estricto: primero, los descendien-

tes del expresidente Juan Rafael Mora y de los Generales José Joaquín Mora y José María Cañas; posteriormente, los veteranos de la Guerra Nacional y, por último, a los representantes de las colonias extranjeras. La condecoración fue un acto propuesto por el Ministro de Guerra, Juan Bautista Quirós, ante la Comisión Permanente. Con tal fin, se ordenó fundir tres medallas de oro especiales para condecorar a los familiares de próceres, otras medallas de oro más sencillas para los jefes y oficiales que sirvieron durante la Campaña Nacional y medallas de plata para los soldados. Los representantes de las colonias extranjeras fueron condecorados con medallas de oro, «...como merecido tributo a gratitud...»

Para garantizar la participación de los descendientes de Juan Rafael y José Joaquín Mora y del General Cañas, la Comisión les envió una carta en los que los excitaba a participar en este magno evento. Todos respondieron con prontitud y agradecieron la invitación. A los veteranos de la Campaña Nacional se les exhortó a inscribirse en sus respectivas municipalidades con la finalidad de levantar un listado de participantes, y de esta forma asegurarles el transporte y un buen recibimiento en la capital. Los que no se pudieron desplazar para participar en la develización, fueron condecorados en las municipalidades respectivas.



El Gobierno emitió varios decretos para regular el uso del espacio durante la ceremonia del 15 de setiembre de 1895. Los presidentes de los distintos poderes de la República, los invitados especiales y los representantes de las colonias extranjeras, se ubicaron cerca del dosel. Seguidamente, se le asignó un espacio a los miembros de la élite costarricense. A continuación, y como una guardia de honor, se ubicó a los inválidos y veteranos de la Campaña de 1856-1857, resguardados por el Ejército Nacional. En torno de estos últimos y, prácticamente en los alrededores del Parque Nacional, se acomodó el resto de los asistentes.

En 1857, el Presidente Juan Rafael Mora (1850-1859) decretó que se erigiera un monumento a la gesta heroica de 1856-1857, Este debería ser levantado en la plaza mayor de la capital. Para finales del siglo XIX, las políticas de reordenamiento urbano, el refinamiento de las costumbres y las nuevas políticas culturales y educativas, influyeron en que el monumento se levantara en la Plaza de la Estación. Esta era la puerta de entrada a la capital del país, eje cultural y político por excelencia.



La develización del Monumento Nacional permitió al gobierno de Iglesias fortalecer su deteriorada imagen a nivel interno e internacional. Este evento permitió promover el

civismo y brindarle a la población el tiempo de fiesta que le era necesario. La necesidad de buscar credibilidad y legitimidad se evidenció en los discursos que se efectuaron en los diferentes espacios y actividades, de allí la importante presencia de los representantes de las repúblicas centroamericanas.

El salón de sesiones del Congreso fue uno de tantos espacios públicos utilizados por el Gobierno para efectuar diferentes actividades, vinculadas con la sociabilidad de la élite, durante las fiestas del 13 al 15 de setiembre.



El 14 de setiembre a las 11:30 de la mañana en este salón, el Gobierno de la República brindó la recepción a las colonias extranjeras y efectuó la condecoración de sus respectivos cónsules; de allí, el Presidente de la República y la comitiva oficial partió hacia la Casa Presidencial. Ese mismo día, a las 8:00 de la noche, se efectuó una retreta en el Parque Morazán, a cargo de las bandas de San José, Alajuela, Cartago y Heredia. En el programa, destaca la ejecución del «Himno Centroamericano a los héroes del 56 y 57», compuesto por el maestro Rafael Chaves, además de varias piezas de ópera.



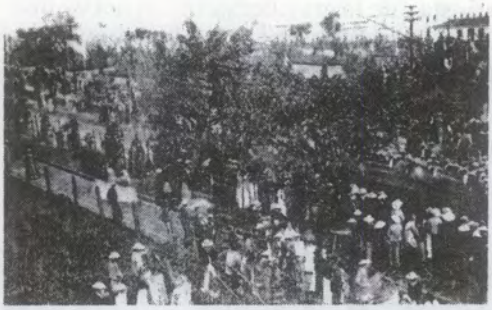
Los espacios públicos como las plazas y los parques fueron los designados por el Gobierno y la Comisión Permanente para divertir a los sectores populares. Por tanto, y como signo inequívoco de modernidad y progreso, se iluminaron los parques y se realizaron juegos pirotécnicos (estos últimos, traídos del exterior).

El Parque Nacional estaba rodeado por varios de los principales edificios de San José, entre los cuales destacan el Colegio de Sión y la Estación del Ferrocarril al Atlántico. El ferrocarril tuvo gran importancia como símbolo de la modernidad. A la vez, la estación era el sitio por el cual se ingresaba a San José.

Al costado noroeste del Parque Nacional, se encontraba la Fábrica Nacional de Licores y el Paseo de las Damas. Con el cambio en el diseño de la ciudad, los espacios ocupados por la Estación del Ferrocarril y el Monumento Nacional abrían un circuito cultural y social que culminaba en el Parque Central.



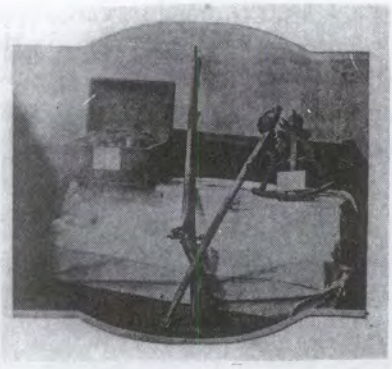
La develización fue la culminación de los festejos nacionales que iniciaron el 13 y finalizaron el 15 de setiembre de 1895. Para los sectores populares este fue el final de una serie de actividades solemnes y diversiones públicas. Para el Gobierno, para las



Delegaciones Extranjeras y para la élite, los actos conmemorativos aún no terminaban. En la noche del 15, hubo un baile de gala en los salones del Palacio Nacional. Varios días más tarde, se realizó otro baile obsequiado por la Municipalidad de Alajuela al Presidente de la República y a los Delegados de los gobiernos centroamericanos. A este baile asistió la elite costarricense. Por falta de hotel, los invitados se hospedaron en las casas de habitación de los miembros más distinguidos de la sociedad alajuelense.

El viernes 20 de setiembre partieron de Alajuela rumbo a Puntarenas algunos de los delegados de Guatemala, El Salvador y Nicaragua. El resto de la comitiva de estos y los demás países partió el lunes 23 de setiembre.

Al celebrarse el Centenario del Monumento Nacional, el pueblo alajuelense en aquellos años rindió un agasajo a los representantes de los países centroamericanos que asistieron con motivo de la celebración programada por el gobierno del Presidente Rafael Iglesias.



Hoy, el pueblo alajuelense representado por el Museo Juan Santamaría rinde un homenaje a los héroes de la campaña nacional de 1856-1857, al inaugurarse la exposición conmemorativa del Centenario del Monumento Nacional.

CRÉDITOS

Estudio Fotográfico Max

Biblioteca Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural

Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes

Museo Nacional de Costa Rica

El Museo Histórico Cultural Juan Santamarías agradece a aquellas instituciones y personas que de una u otra manera facilitaron el material para el montaje de esta exposición.

A todos muchas gracias

Exhortación hecha por don Joaquín García Monge a los estudiantes del Liceo de Costa Rica y del Colegio Superior de Señoritas, en la mañana del 15 de setiembre de 1921

Como un testimonio de la gratitud nacional, erigióse un día este *Monumento* a los inmortales que en los gloriosos del *56* estuvieron resueltos a no consentir opresiones extrañas en tierras de Centroamérica, a vivir y a hablar por su cuenta y riesgo, en su propio nombre, de conformidad con las altas normas y el ejemplo de los augustos fundadores de estas patrias. *Lo erigieron los mayores para perpetuar en el bronce las ínclitas hazañas de los elegidos y con ello inscribir exelsamente la perdurable lección que sirviera de ejemplo y estímulo a las futuras generaciones.* Que los pueblos previsores y magnánimos recurren a los mármoles y a los bronces para simbolizar en ellos sus fechas memorables, y así ponerlas a salvo de olvidos o injusticias, o como columnas militares a lo largo de la vía, para recordarles a lo que vienen que no son hijos de las peñas, que tiene precursores abnegados e ilustres y una tradición estimable que conocer, respetar y proseguir.

A estos monumentos se concurre en horas solemnes como la presente, a renovar la fe en los destinos de la *Patria*, a buscar inspiración y luces, enseñanzas y estímulos para continuar la ruta emprendida, en alto la cabeza y regocijado el corazón.

Lo erigieron los mayores para enseñarnos cómo se defiende con fiereza el suelo nativo, que da el sustento y la libertad; cómo es bueno morir, y se sabe morir sin cobardías, por causas dignas, cuando la injusticia y la opresión amenazan el decoro de la *Patria*; cómo pelean con audacia los pueblos que quieren darse Patria, Patria grande, y libertad: no en el aislamiento sino juntos, unos en las horas de peligro, unos en las esperanzas y los regocijos, unos en las tendencias hacia ulteriores y más halagüeñas realidades.

Ayer los cinco pueblos de Centroamérica, mañana todos los del Continente hispano; porque vamos hacia la América una, según la trayectoria espiritual que los homagnos y videntes de estas patrias nos han descrito y que sólo cierta ceguera nos impide verla. Con lo que también quisieron enseñarnos que la patria es obra de concordia, de cooperación y simpatía, que los hijos unidos hacen la patria superior con que los buenos soñaron.

Con lo cual también quisieron decirnos que las guerras intestinas conspiran contra la integridad moral y territorial de la Patria y le abren la puerta a los extraños, que se aprovechan de nuestras debilidades y rencores; que nada es más funesto para una comunidad que las oligarquías vanidosas y ambiciosillas que convierten el gobierno en un bien privado y no en lo que debe ser, un bien público; y anteponen sus egoísmos repugnantes y sin escrúpulos a la suerte misma de la Patria.

Con lo que también se indica a vuestros profesores que el risueño ideal de servicio, de ser útil a los demás, de cooperar, es la primera de las lecciones morales que ellos deben daros, jóvenes estudiantes.

Lo erigieron los mayores para advertirnos que la libertad hay que conquistarla y reconquistarlas continuamente, que sólo se pierden los pueblos que se cansan de ser libres; porque si importa saber cómo fuimos libres, importa más saber cómo conservarnos libres, cómo mantener en asta firme la enseña de los libertadores: el problema que ellos resolvieron en el 56, sigue siendo nuestro problema. Para advertirnos que no basta haber heredado de nuestros abuelos la tierra que fue de ellos, sino conservar y cuidar la que será de nuestros hijos: porque los viejos supieron que uno de los ineludibles deberes del hombre y del ciudadano es la conservación, a todo trance, del suelo nativo; sin él no hay libertad económica y sin ésta no hay soberanía posible. La tierra libre es la que sustenta a hombres libres. Los pueblos que venden sus tierras porque ya no quieren, no pueden o no saben cultivarlas con estudio y cariño, de propietarios se tornan inquilinos. Es digna de la escultura esta previsora y saludable advertencia del profeta Martí a sus pueblos de América:

> *El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.*

Enseña el Monumento que Centroamérica y la América entera, abierta a los intereses de la civilización occidental, no se alzaron de las aguas para convertirse en factorías de los pueblos mercaderes y codiciosos, sino en tierras de libertad para humanidades ansiosas de mejorar su vida y no tan sólo de hacer negocios más o menos lucrativos, o de explotar nuestros recursos naturales; para gentes que vengan a construir sinceramente la patria de la nueva cultura, del hombre nuevo, que funda su prestigio y su decoro en vivir según las imperecederas normas de la justicia, la libertad, la belleza y la verdad.

Este Monumento rememora sucesos que le dan a Costa Rica, a Centroamérica, un sentido internacional en el Continente; que dicen cómo en días inolvidables los nuestros hablaron en su historia de pueblos pequeños y se crearon la conciencia de un cargo que cumplir en los destino de nuestra América. Porque el buen suceso de la lucha contra el plan siniestro de Walker y de los mercaderes a él asociados, –si es que fue el de convertir a Centroamérica en una agencia de esclavos negros– en cierto modo desvió la iniquidad, que al extenderse, habría degradado a nuestra América, destinada por la Historia a empresas superiores de cultura. No se hizo la América para traficantes de esclavos.

Como se ve, no están desligados los sucesos históricos, que los pueblos chicos influyen a su vez en la suerte de los mayores. Sintamos, por lo mismo, la conciencia de que en estas tierras se han decidido y se decidirán acontecimientos de la Historia que tiene resonancias continentales. Así es la patria cuando se la comprende de veras, un estado de alma, de cultura, un estado de conciencia superior, conciencia de que se tiene una función y un valor, de que como hombres y como pueblos, hemos venido a este mundo a hacer algo que valga la pena. No en balde se dan patria los hombres, que se la dan para crear y crecer. Se habla de una conciencia nacional: pues bien, nada más difícil de adquirir que eso, que es mucho más que los meros instintos territoriales de un pueblo. Afortunados los países que en los fastos de sus progenitores, los nuevos hallan qué admirar e imitar. De tal admiración consciente les brota de las entrañas como un manantial de fuerzas espirituales fecundas que los hace verse más altos. *En cambio, que estéril y qué triste es la vida de los pueblos que padecen incuria, que ignoran lo que valieron sus precursores, que apenas si se dan cuenta de la indiferencia que va apagando en ellos sus ideales y entusiasmos.* Se esculpieron en bronce las hazañas de los héroes, para declararnos una vez por todas que el pretérito debe conocerse y amarse, porque expresa

una tradición que nos vincula con la Patria que hicieron los egregios finados de la familia; para declararnos que hay que oír la voz de los próceres, voz de la Historia, que guía a estas patrias por caminos mejores y más claros: que marchan sin brújula, y andan como a tientas, y están como perdidos, los países que no apoyan un pie en la tradición, que no consultan el testimonio autorizado de los mayores que más supieron de los negocios de sus pueblos, y los amaron, y por mejorarlos se desvelaron. El Monumento nos enseña lo que vale para una nación el espíritu previsor y vigilante de su Primer Magistrado y de cuán incalculables son los males de un pueblo que mira con indiferencia su suerte. Como también nos dice que no debemos desesperar nunca, porque en las horas tenebrosas e inciertas los pueblos tienen el gobernante oportuno que les hacía falta.

Enseña al Monumento que las leyes morales se cumplen inexorablemente y que no deben ser ultrajados los pueblos chicos por ser chicos; que también los poderosos se tambalean cuando fundan sus relaciones con los demás en el atropello y la injusticia. Y anticipándose en medio siglo a la reciente guerra europea, proclama que los *pueblos pequeños, si son dignos, si no son serviles, si son ilustrados y laboriosos, también tienen derecho a ser libres como los grandes, y que si hay un coraje sagrado es el de los pueblos que se yerguen como un solo hombre en defensa de sus más caras libertades.* Por eso ved, sentid vosotros, oh jóvenes, cómo un soplo de tempestad agita las figuras del Monumento: es el ademán como de fuerzas de la Naturaleza de pueblos nuevos en marcha, que aún empuñan la lanza porque todavía aletean en la sombra los genios del Mal y de la Perdición: que ya no brilla la codicia conquistadora en la punta de las bayonetas sino en el disco de las áureas monedas. Si es sumamente grave que aventureros extraños se atrevan a comprar la patria, lo sería mucho más, e ignominioso, que hijos del país de bruces se la vendieran.

Conmoveos, pues, con esa resolución que se les ve a las esculturas de vencer y de ser libres; se yerguen a paso de victoria, antes y hoy, y mañana también.

Jóvenes estudiantes, ¡si lo que aguardan estos sacros bronces y los sucesos que rememoran, es el cantor inspirado, que los materiales del poema inédito y las proporciones homéricas de los héroes y de las hazañas, ahí están ante vuestro amor y curiosidad!

El Monumento es simbólico y en ello, su valor espiritual permanente. Dice de la actitud vigilante y defensiva contra los enemigos malos de la Patria, contra los exteriores que la amenazaron un día, y pueden amenazarla, pero también contra los internos que la amenazan a todas horas. La Costa Rica de nuestros padres expulsó del suelo materno al filibustero calculista e inescrupuloso, pero la de nuestros días tiene que sacarse del alma la concupiscencia, la codicia del oro –en muchos ciudadanos– adquirido por medios fáciles o ilí-citos; la pasión de lujo, y la frivolidad –en muchas ciudadanas–; las cuantiosas deudas públicas y privadas, de lo que son secuela; la indiferencia por lo propio, la pereza, el alcoholismo, las enfermedades sociales y las discordias civiles, enemigos más terribles e implacables que los aventureros extraños: imponerse –como lo está haciendo la madre España– la disciplina creadora, constructora, del trabajo, del ahorro y del estudio, hasta hacerse digna de los progenitores en aspiraciones y realizaciones.

Es simbólico el Monumento y habla de batallas que soldados de Costa Rica, a toda hora pronta al sacrificio y al servicio, dieron por la libertad y la justicia; y habla de sucesos que aleccionan a un pueblo para que empuñe la lanza cuando las empresas libertadoras y justicieras lo requieran no más; y habla también de cómo los muertos ilustres cuyas hazañas rememora no están muertos, sino que han de revivir con sus enseñanzas y ejem-

plos, en la conciencia de sus conciudadanos: como guías en las nuevas batallas, que son las que ganemos nosotros por la nueva cultura, en su nombre y en el de la Patria. *Que si en la guerra memorable Costa Rica iba a la vanguardia, en la paz vaya también, por la sensatez, por el espíritu previsor, liberal y progresista de sus hombres y mujeres dirigentes.*

Es un símbolo el Monumento y en él se yerguen altivas e indignadas las patrias luchadoras de ayer, esculpidas en forma de mujeres para enseñaros, oh señoritas –tantas señoritas como aquí veo–, que vosotros sois la Patria misma, que haréis sana y fuerte en los niños venideros, y formaréis honrada y pulcra, si ese es vuestro ideal y resolución inquebrantables, si para ello en verdad os han educado. Jurad al pie del Monumento Nacional, con la conciencia clara de que sois las mantenedoras y salvadoras de la Patria, de que ésta se redime si a vosotras se redime, de que a ella se ofende si a vosotras se ofende, de que la envilecen los que os envilezcan: jurad que de vuestros regazos saldrá la Patria nueva, sencilla, sin ostentaciones, estudiosa, laboriosa y previsora, preocupada cordialmente de sus sementeras y de sus niños. Que al fin de cuentas, jóvenes estudiantes, al corazón, a las entrañas mismas de la Patria con las mujeres se llega, y sin llas, al trastorno, la disolución y la muerte.